

El catequista mistagogo, en el seno de una comunidad mistagógica

Juan Carlos Carvajal Blanco
Universidad San Dámaso, Madrid

I. Un tema de moda

El título de nuestro trabajo remite a un tema que goza de gran actualidad: “la mistagogia”. A esto han contribuido fenómenos de índole muy diversa. Por un lado, en los últimos años, ha surgido un deseo de espiritualidad que apunta hacia el misterio que envuelve la vida del hombre y anhela su corazón¹. Esto ha supuesto el florecimiento de multitud de métodos espirituales, que, sin llevar el calificativo de mistagógicos, se presentan como caminos para acceder a dicho misterio. Por otro, y esta vez al interior del ámbito eclesial, hoy los términos relativos a la mistagogia son empleados para calificar muchas áreas y actividades que tratan de promover la experiencia cristiana. De este modo, se habla de una pastoral, de una catequesis, de una espiritualidad, de una liturgia, de una comunidad... mistagógica².

Esta inflación en los usos del término “mistagogia” y de otros pertenecientes a su familia léxica (misterio, místico, misterioso, misticismo, mistagógico...) hace que su contenido sea difícil de delimitar. Su polisemia más que ser una ayuda para nuestra reflexión puede suponer un verdadero laberinto que nos lleva a un callejón sin salida. Por tanto, es preciso entender bien a qué nos referimos cuando hablamos de “mistagogia” o “mistagogo”, condición necesaria para orientar correctamente nuestro estudio.

¹ Cf. J. M. GARCÍA, «Experiencia cristiana mística y contemporaneidad»: *Teología y Catequesis* 132 (2015) 13-36, abundante bibliografía de la nota 15 a la 22. Sobre la influencia de la mística oriental, cf. G. URIBARRI BILBAO, SJ, *La mística de Jesús. Desafío y propuesta* (Sal Terrae, Madrid 2016) 37-71.

² T. CASTIGLIONI, «Che cos'è la mistagogia?»: *La Scuola Cattolica* 138 (2010) 597-624.

1. Todo gira en torno al misterio³

“Mistagogo” es un término griego que deriva del verbo *mystagogeín* que significa “iniciar en los misterios”, “instruir en los misterios”. Mistagogo está compuesto de *mystes*, iniciado, y *agógos*, que deriva del verbo *agéin* que significa conducir, guiar. Mistagogo es la persona iniciada que conduce, guía o inicia en los misterios. Por su parte “mistagogia” también es un sustantivo que deriva del mismo verbo e indica la doctrina que introduce, guía o inicia en los misterios.

Estos términos componen un universo semántico en torno al término *mysterion*⁴. En la antigüedad, los “misterios” o “religiones místicas” designaban una serie de cultos religiosos, bastantes extendidos, que no se confundían con la religión pública-oficial, cuyos rituales, normas y doctrinas estaban al servicio de la *polis*. Las “religiones místicas”, a diferencia de la religión oficial, eran secretas y tenían como objeto dar acceso a la salvación del más allá, para lo cual iniciaban en unas doctrinas y cultos particulares: “los misterios”. Sus doctrinas, de origen mitológico, no deducibles de razonamientos, eran consideradas verdades de fe. Los que se iniciaban las recibían por medio de una enseñanza, a cuyo término concluían su iniciación pasando por una serie de ritos secretos a través de los cuales participaban de “los misterios” que habían aprendido. Una vez finalizados estos ritos, los iniciados eran admitidos a la comunidad mística y podían practicar dicha religión.

En los primeros siglos, el cristianismo rivalizó con esas religiones místicas, hasta el punto que los Santos Padres presentaron el misterio de Cristo como el verdadero misterio al que el hombre debía ser iniciado para alcanzar la salvación⁵. Este contraste

3 En este punto seguimos el análisis etimológico de C. Laudazi, «Il mistagogo e lo Spirito Santo», en: Autori Vari, *Risvegliare l'esperienza di Dio nell'uomo*, (Città del Vaticano, Editrice Vaticana, 2004) 68-69.

4 Cf. B. Neunheuser, «Misterio», en: D. Sartore y Achille M. Triacca (dirs.) *Nuevo Diccionario de Liturgia* (Paulinas, Madrid 21987) 1321-1342; J. de Sahún Lucas, «Misterio», en: X. Pikaza – N. Silanes (dirs.) *Diccionario teológico el Dios cristiano* (Secretariado Trinitario, Salamanca 1992) 890-897; J. F. Polo Arrondo, “La iniciación en los Padres de la Iglesia: el caso de Clemente de Alejandría”: *Teología y Catequesis* 132 (2015) 91-97.

5 «¡Oh misterios santos en verdad! ¡Oh luz sin mancha! Las antorchas me iluminan el cielo y a Dios y llego a ser santo con la iniciación. El Señor es el hierofanta, marca al iniciado con una señal dándole luz, y al que ha creído lo confía a su Padre para que quede custodiado para siempre. Estas son las fiestas báquicas de mis misterios. Si quieres, iníciate tú también y participarás en el coro con los ángeles, en torno al único

con las religiones místicas no supone que el cristianismo se estructurara como un reflejo de aquellas, promoviendo una doctrina y ritual particular. En realidad, a diferencia de aquellas, el cristianismo enraizaba sus misterios en *la concepción historia de la salvación comprendida en la fe apostólica*. En el origen del cristianismo, el término *mysterion*

«sirvió a los apóstoles para explicar la voluntad salvífica del Dios eterno y las acciones salvíficas divinas en Cristo Jesús. En la teología de los padres llego a ser muy pronto un concepto central que logró abarcar todo el fenómeno de la realización de la salvación divina en Cristo y en la Iglesia, especialmente en las acciones culturales de ésta, y al mismo tiempo indicar la grandeza de tales acciones salvíficas divinas y su inescrutabilidad (cf. *Ef 3, 8*)»⁶.

2. Esquema de nuestro trabajo

Puesto el foco de atención en el misterio de Cristo, nuestra reflexión parte de su explicación. Este primer momento resulta conveniente, ante todo, porque levantamos acta de que el misterio de Cristo recapitula y da plenitud a la historia de salvación que, desde la creación hasta el final de los tiempos, Dios lleva a cabo con el hombre. Y, también, porque podremos poner de manifiesto que forma parte de este Misterio la actualización que el Espíritu pascual hace del mismo en la Iglesia.

En el segundo apartado, y teniendo como marco el proceso de Iniciación cristiana, nos centraremos en entender que queremos decir cuando hablamos de “mistagogia”. Para lograr nuestro objetivo daremos tres pasos. En primer lugar, trataremos de comprender la ambigüedad que se cierne en torno a la llamada “catequesis mistagógica”. Después nos aproximaremos a lo que constituye el modelo de dicha catequesis mistagógica: la mistagogia de los Padres. Y, por último, teniendo como referencia el “tiempo de la mistagogia” del catecumenado bautismal, nos detendremos en delimitar los diversos sentidos y alcances que la llamada “catequesis mistagógica” tiene en nuestra praxis actual.

Dios verdadero, ‘el que no tuvo comienzo, el imperecedero’. Con nosotros canta también el logos de Dios» (Clemente de Alejandría, Protréptico XII, 120, 1-2, citado en Polo Arrondo, 106-107).

⁶ NEUNHEUSER, 1340.

Es imposible una catequesis mistagógica, sin catequistas mistagogo, pero estos para poder serlo necesitan el ambiente y el sostén de una comunidad mistagógica. En el tercer y último apartado indicaremos algunos elementos fundamentales que permitirán a la comunidad cristiana constituirse en un espacio verdaderamente mistagógico: una comunidad en la que sus miembros profundizan en el sentido de la fe que les otorga el bautismo y las celebraciones son transparencia del Misterio cristiano. Concluiremos con un decálogo en el que dibujaremos el perfil del catequista mistagogo.

II. El misterio de cristo, revelación de Dios y salvación del hombre

«Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Pues Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, de Cristo, el Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación [...] Pues Él mismo, el Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre» (GS, n. 22).

1. *El ser humano, un misterio para sí mismo*⁷

Todo ser humano se siente incitado a encontrar el sentido de la vida y de la muerte, a resolver el misterio que envuelve su existencia y su propia persona. Ciertamente, en una vida vivida superficialmente, ansiosa por dar satisfacción a los deseos inmediatos y protegida por el estado de bienestar, puede dar la impresión que la cuestión del sentido es algo prescindible. Sin embargo, las circunstancias de la vida o los encuentros personales, tarde o temprano, llevan a todo ser humano a confrontarse con su *realidad paradójica*: «el hombre se encuentra con los límites, pero aspira ir más allá de los límites»; «vive pero no se

7 Cf. J. MARTÍN VELASCO, «El proceso mistagógico. Ensayo de fenomenología», Teología y Catequesis 132 (2015) 43-56. R. Zas Friz de Col, «Iniciación en la vida mística en el marco del Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos»: *Ibíd.*, 65-82; Laudazi, 69-85. Por nuestra parte, y desde diversas perspectivas, hemos expuesto el contenido del Misterio cristiano en: *Lógica de la existencia y lógica de la fe. Su correspondencia en H. Bouillard* (Salamanca, 2003) 107-116; «La pedagogía de Dios en la obra de la creación y de la redención: apuntes para la pedagogía de la fe», Teología y Catequesis 95 (2005) 107-135.

conforma con lo que vive, anhela una vida en abundancia»; «es, pero desea ser más de lo que es»... Esto, que es más una experiencia vivida que tematizada, hace que el hombre se reconozca para sí mismo un enigma, un gran interrogante. Sin duda, todo ser humano, en algún momento de su vida, puede hacer suyas las palabras de san Agustín: «Me convertí para mí mismo en un enigma y preguntaba a mi alma por qué estaba triste y me con-turbaba tanto, y no sabía qué responderme»⁸.

En realidad, todo ser humano, porta el imperativo de una pregunta que le antecede (su origen), le acompaña (el sostén de su vivir) y le lleva más allá de sí mismo (su destino). Es la pregunta por el sentido de su vida que le hace *transcenderse permanente-mente*. Esta pregunta expresa el misterio que le envuelve, misterio ante el que necesariamente debe definirse, bien para eludirlo bien para afrontarlo. Y, sin embargo, aunque el hombre está impelido a afrontar su misterio y darle respuesta, no está en sus manos darla por sí mismo. La razón es muy sencilla: él mismo es el misterio y nunca puede brotar de sí mismo la respuesta. Ante esta incapacidad, lo que le queda es encontrarla; es decir, que le venga de fuera de sí y, de algún modo, le rescate de sí mismo⁹. Por eso, cuando el ser humano encuentra la respuesta, está la recibe como salvación.

Este dinamismo trascendente nos lleva a considerar que el misterio del hombre es eco de otro Misterio que le envuelve y le habita. En efecto, la condición misteriosa del hombre es el resultado de la presencia en él de un misterio originante.

- Presencia originante fundante –común a toda criatura– por el acto creador. El hombre depende de un Misterio que se manifiesta como origen y fuente permanente de su ser.
- Y presencia originante vocacional –propia del ser humano–, porque en la conciencia que tiene de sí mismo el hombre se siente atraído por ese Misterio que le ha dado el ser y que se revela como su destino y plenitud.

⁸ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* IV, 4, 9. «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?» (*Sal* 8, 5).

⁹ Cf. J. C. CARVAJAL BLANCO, *Pedagogía del primer anuncio. El Evangelio ante el reto de la increencia* (Madrid 2013) 31-34.

Este Misterio que envuelve y da sentido al misterio del hombre, en su última realidad, permanece oculto al ser humano, por sí mismo no puede penetrar en él. Es verdad que, en ocasiones, en diversas experiencias de plenitud, vislumbra ese Misterio en el que vive, se mueve y existe (cf. *Hch* 17, 28), y, sin embargo, le trasciende¹⁰; pero nunca tiene verdadero acceso a su intimidad. La razón es muy sencilla: este Misterio, trascendente a la vez que inmanente¹¹, es justamente el que da el ser, sostiene, ilumina y cumple el futuro del hombre. *La última experiencia del Misterio es la oscuridad*, no por carencia, sino precisamente por plenitud de ser, de vida y de luz, que siempre desborda al hombre. El ser humano que se confronta con su misterio y se abre al Misterio avanza a tientas y corre el peligro de perderse. En referencia a lo que decimos, el apóstol Pablo habla de un misterio escondido desde la creación, no manifestado a las generaciones de otros tiempos y revelado ahora por el Espíritu a sus santos (cf. *Col* 1, 26; *Ef* 3, 5. 9).

2. La riqueza y actualidad del Misterio de Cristo¹²

a. El Misterio de Cristo

En primera instancia, podemos decir que *el misterio cristiano exige una comprensión holística*; es decir, abarca la historia de la salvación que Dios ha obrado en favor del hombre: historia que ha dado comienzo con la creación del universo, que ha sido conducida en el tiempo a través de la elección de Israel, ha llegado a su cumplimiento en Jesucristo y está a la espera de su plenitud final, cuando todo sea recapitulado en el Hijo y éste someta todo al Padre y Dios llegue a ser todo en todos (cf. *Ef* 1, 3-10; *1 Cor* 15, 28).

Sin embargo, el misterio cristiano *se concentra en el Misterio de Cristo*. Es en Él que el misterio de salvación se ha realizado y se

10 ZAS FRIZ DE COL, 72-77.

11 SAN AGUSTÍN, Confesiones, III, 6, 11 «Tú estabas dentro me mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío» (*Tu autem eras interior intimo meo et superior summo meo*).

12 En este punto tomamos como referencias R. SCHULTE, «Los sacramentos de la Iglesia como desmembración del sacramento radical», en: *Mysterium Salutis* IV/ 2 (Cristiandad, Madrid 1975) 81-87; J. J. FLORES, «No existe otro misterio que Cristo»: *Phase* 299 (2010) 407-416; también, G. URIBARRI BILBAO, SJ, «'... juntamente contemplando su vida' [Ej 135]. Los misterios de la vida de Cristo, medio para hallar la voluntad divina» en: Id. (ed.), *Dogmática Ignaciana*, "Buscar y hallar la voluntad divina" [Ej 1] (Mensajero – Sal Terrae – Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2018) 177-204.

ha dado a conocer (cf. *Ef 3*); pues, en realidad, «todo fue creado por él y para él» (*Col 1, 16c*). Por Cristo, Dios ha sacado al hombre del dominio de las tinieblas y le ha trasladado al reino de la luz, que es el reino de Jesucristo, el Hijo de su amor (cf. *Col 1, 12-13*). Cristo es el «primogénito de toda criatura» (*Col 1, 15*); y el misterio de la voluntad de Dios es «recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra» (*Ef 1, 10*); «porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud» (*Col 1, 19*). Más aún, el Misterio de Cristo Jesús constituye «la plena inteligencia y el perfecto conocimiento del Misterio de Dios» (*Col 2, 2*), pues «Él es imagen del Dios invisible» (*Col 1, 15*).

No obstante, aunque el Dios Trinidad se ha revelado en Cristo, su Misterio no es accesible a la sabiduría de este mundo, porque es «sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria» (*1 Cor 2, 7*). Y en Él se cumple lo que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre pudo pensar lo que Dios ha preparado para los que le aman» (*1 Cor 2, 9*). Ahora bien, si la capacidad natural del hombre no es apta para acceder al Misterio de Cristo (cf. *1 Cor 2, 14*), *el don del Espíritu Santo* y su gracia para con los creyentes es lo que permite penetrar en dicho Misterio. El Misterio de Cristo solo puede ser captado por la fe (cf. *1 Cor 2, 5*; *Ef 3, 12*), por eso, en propiedad también se llama «*misterio de la fe*» (*1 Tim 3, 9*). Por la fe, Cristo puede habitar en los corazones de los creyentes (cf. *Ef 3, 17*); y estos pueden ser coherederos de su herencia y participar de la alabanza de la gloria divina (cf. *Ef 1, 11-14*).

b. El Misterio de Cristo, por la acción del Espíritu, permanece en la Iglesia

Todos los pueblos son destinatarios del Evangelio de Cristo (cf. *Ef 3, 1-13*); por eso el Misterio de Cristo, a la espera de su cumplimiento final, ha de mantener su contemporaneidad a lo largo de los siglos¹³:

- Por la Pascua, el Misterio de Cristo permanece en el tiempo y se universaliza. La resurrección no es solo la confirmación

¹³ Cf. G. URIBARRI BILBAO, «Contemporaneidad de Cristo en la carne, condición del encuentro y de nuestra divinización»: *Teología y Catequesis* 141 (2018) 13-35.

por parte de Dios de la obra realizada por Jesucristo en su vida temporal, sino que introduce también una fuerza de gracia que actualiza el acontecimiento pascual a lo largo de los tiempos.

- ▶ El Espíritu Santo, tercera persona de la Trinidad, don del Resucitado (cf. *Jn* 20, 22; *Hch* 2, 1-13), es esa fuerza de gracia que da testimonio de Cristo (cf. *Jn* 15, 26) y hace que su misterio salvador, de un modo misterioso pero real, se haga efectivo en todo tiempo y lugar.
- ▶ El Espíritu no solo actualiza el Misterio de Cristo, también opera su asimilación por el don de la fe. Por la fe, el creyente confiesa a Cristo como Señor (cf. *1 Cor* 12, 13); participa de su relación filial, al clamar a Dios: «Abbá, Padre» (cf. *Rom* 8, 15; *Ga* 4, 6); y se convierte con el Hijo en coheredero de la gloria divina (cf. *Rom* 8, 17; *Gál* 4, 7).

Si el misterio de la salvación se realizó en la carne de Jesucristo, ahora este Misterio permanece en la carne de la Iglesia, su esposa¹⁴: «Del costado de Cristo dormido sobre la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia» (SC, n. 5c; cf. CCE, n. 766)¹⁵. Ella forma con Cristo, su divino Esposo, una sola carne (cf. *Ef* 5, 32). El Concilio habla de *la analogía que existe entre Verbo encarnado y la Iglesia*:

«En efecto, así como la naturaleza humana asumida está al servicio del Verbo divino como órgano vivo de salvación que le está indisolublemente unido, de la misma manera el organismo social de la Iglesia está al servicio del Espíritu de Cristo, que le da vida para que el cuerpo crezca» (LG, n. 8a; cf. SC, n. 2).

A lo largo de los siglos, en virtud de la acción del Espíritu, el misterio de la salvación realizado en Cristo se actualiza por

14 S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana* (Sígueme, Salamanca 2007) 175-183.

15 SAN AGUSTÍN, *In Ps.* 138,2: «Así expone esto el Apóstol: *Serán dos en una carne; este misterio es grande, mas yo digo en orden a Cristo y a la Iglesia.* También dijo el Apóstol que Adán fue figura del que había de venir. *Es –dice– figura del futuro.* Luego si Adán era figura del que había de venir, como del costado del que dormía fue hecha la mujer, así del costado del Señor que dormía, es decir, del que moría en la pasión, al ser herido con la lanza estando en la cruz, brotaron los sacramentos con los que formó la Iglesia. De su futura pasión dice así en otro salmo: *Yo me dormí y tomé el sueño; y me levanté, porque el Señor me sustentó.* Luego por el dormir se entiende la pasión. Eva fue formada del costado del que dormía, y la Iglesia, del costado del que padecía».

mediación de su Cuerpo eclesial. Ella posee una naturaleza sacramental (cf. LG, nn. 1, 9, 48; SC, n. 5; GS, nn. 42, 45; AG, nn. 1, 5), «que manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre» (GS, n. 45; cf. LG, n. 1).

- Porque *es signo*, manifiesta; es decir, por su carácter sacramental ella siempre es desbordada y remite más allá de sí misma, hacia el misterio salvador de Cristo, su divino esposo, el cual, secretamente y en virtud del Espíritu, está activo más allá de los límites de su realidad visible (cf. GS, n. 22e; AG, n. 3).
- Pero, también, porque es instrumento, ella realiza en su seno la obra de salvación. La Iglesia «constituye el germen y el comienzo del Reino de Dios en la tierra» (LG, n. 5b); ella, destinataria primera de las acciones salvíficas de Cristo (cf. *Col* 1, 18; *Ef* 1, 4-14), ahora las realiza en favor de toda la humanidad, para que la obra de Cristo llegue a su plena consumación. «La Iglesia peregrina es necesaria a la salvación»; pues, aunque «Cristo es el único mediador y camino de la salvación», Él «se nos hace presente en su Cuerpo, en la Iglesia» (LG, n. 14).

c. Distintos niveles de la presencia del Misterio de Cristo en la Iglesia (SC, n. 7)

El Misterio de Cristo es el sacramento primordial de Dios, el sacramento originario y fuente de la sacramentalidad eclesial. El misterio de la Iglesia es el sacramento fundamental de Cristo y es el que otorga un carácter sacramental a las mediaciones que, en su seno, actualizan la presencia y acción salvadora de Cristo¹⁶. Sin duda, esta afirmación, propia de la teología sacramentaria, supone un *uso analógico del término misterio y sacramento* referido a Cristo, a la Iglesia y a las diversas mediaciones eclesiales. Sentido analógico que también se ha de mantener cuando incluso nos referimos a estas mismas mediaciones. Primero, para subrayar que los sacramentos, en torno a la eucaristía, y la liturgia, en

16 PIÉ-NINOT, 190. Sobre las diversas matizaciones que requieren estas afirmaciones cf. A. BERLANGA, «La economía sacramental del Misterio cristiano. Apuntes para una renovación de la enseñanza»: *Phase 59* (2019) 49-82.

general, son la referencia primera en lo que atañe a la mediación de la salvación de Cristo. Y segundo, porque de este modo se da la ocasión para poder reconocer otras medicaciones del Misterio de Cristo¹⁷.

Unas palabras de la encíclica *Mysterium fidei* (1965) iluminan bien lo que queremos decir. Después de haber enumerado «las distintas maneras de estar Cristo en su Iglesia» (*Mysterium fidei*, 5b, que remite y amplía SC, n. 7), al hablar de la presencia real de Cristo en la eucaristía, Pablo VI afirma:

Tal presencia se llama *real*, no por exclusión, como si las otras no fueran *reales*, sino por antonomasia, porque es también corporal y *substancial*, pues por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro (*Mysterium fidei*, 5h).

En efecto, *la eucaristía* –«perfección de la vida espiritual y fin al que tiende todos los sacramentos»¹⁸– constituye en este tiempo la *fente sacramental de la presencia de Cristo en su Iglesia y en el mundo*. Sin embargo, ella no agota la presencia del misterio de Cristo en la Iglesia y en el mundo. Al contrario, el carácter real, por sustancial, de la presencia eucarística de Cristo es el que otorga realismo a otros modos de su presencia, al tiempo que encuentran en ese sacramento fontal su pleno desvelamiento y consumación.

Enumeramos esos *modos diversos en los que Cristo sale al encuentro del hombre* y da acceso a su misterio de salvación. Seguimos de cerca la relación que hace el profesor G. Uríbarri, teniendo en cuenta que, tal como dice el autor, las tres primeras: la Iglesia, los sacramentos y la Sagrada Escritura, son fundamentales para una vida cristiana madura¹⁹:

- *La Iglesia*²⁰. Ya hemos dicho que ella, como esposa de Cristo, es la mediadora en la carne de sus fieles de la presencia de su Esposo en el mundo. Esto acontece, de un modo especial, cuando la comunidad cristiana proyecta su participación en

17 PIÉ-NINOT, 196-203; URÍBARRI BILBAO, «Contemporaneidad de Cristo en la carne», 30-33.

18 SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* III, q. 73, a. 3; citado en CCE, n. 1374.

19 Seguimos aquí a URÍBARRI BILBAO, «Contemporaneidad de Cristo en la carne», 30-33.

20 Cf. BENEDICTO XVI, exhortación apostólica *Verbum Domini* (30-IX-2010) 51.

la misión de su Señor a través del ministerio de la Palabra, de la liturgia y de la caridad.

- *Los sacramentos*²¹ y *las celebraciones litúrgicas*. La conciencia bimilenaria de la Iglesia siempre ha sostenido que Cristo ha dotado a la Iglesia de un rico organismo sacramental para hacerse presente, actualizar la gracia de su salvación e incorporar a la Iglesia a su misión. Entre todos los sacramentos, el bautismo y la eucaristía tienen una especial relevancia. A través de ellos, Cristo incorpora y hace partícipes a sus discípulos de su propio Misterio.
- *La Sagrada Escritura*²². Junto con la mesa del altar, la Escritura constituye la mesa de la Palabra. Leída en el surco de la rica experiencia eclesial de la que da testimonio la Tradición, ella entrega la presencia de Cristo y permite acceder a su salvación por la contemplación de sus misterios y la acogida obediente de sus mandatos.
- *La oración*. Cristo se hace presente en la oración, sobre todo cuando dos o tres se reúnen en su nombre (cf. *Mt* 18, 20) y se dirigen al Padre confiados en su mediación (cf. *Jn* 14, 13). La oración litúrgica tiene un valor especial, ella es una expresión eminente del *Christus totus*, Cabeza y Cuerpo, que da gloria al Padre y santifica a los hombres (cf. SC, n. 7b).
- *Los santos*. Los santos son testigos privilegiados de Cristo. Ellos, en virtud del bautismo recibido y al responder a la gracia que el Espíritu les otorga, han conformado su vida con algún aspecto del misterio de Cristo y «se han convertido, de alguna manera, en ‘sacramento personal’, en portadores de Cristo, en auténticos Cristóforos»²³.
- *Los pobres y la misericordia*. Cristo se identificó con los pobres (cf. *Mt* 25, 31-46). Los hombres y mujeres que sufren o padecen cualquier tipo de miseria son «las llagas de Cristo» (EG, n. 270). En ellos, el Pobre de Yahveh sale al encuentro

21 J. DIÉGUEZ DIEPPA, «Los sacramentos, signos de la salvación en Cristo»: *Pastoral litúrgica* 362 (2019) 43-57.

22 Cf. *Ibid.*, 54-56.

23 URIBARRI BILBAO, «Contemporaneidad de Cristo en la carne», 32.

de sus discípulos. Pero, también, sale al encuentro a través de los que practican con sus hermanos desheredados la misericordia, porque «Cristo mismo realiza estas obras por medio de su Iglesia, socorriendo con caridad divina a los hombres» (*Mysterium fidei*, 5c).

- *La historia.* Cristo es «el Alfa y la Omega, el que es, el que era y ha de venir» (*Ap* 1, 8), su misterio de salvación abraza toda la historia. A la luz del Evangelio, la Iglesia escruta «los signos de los tiempos» (cf. GS, n. 4) para reconocer como su Señor conduce la historia, le sale al encuentro en los acontecimientos y le manifiesta la voluntad salvífica del Padre para que se ponga al servicio de su Reino.
- *La creación.* Todo ha sido hecho por la Palabra creadora. Cristo es esa Palabra que en la plenitud de los tiempos se hizo visible en la carne que tomó de la Virgen María. «Dios creando y conservando el universo por su Palabra (cf. *Jn* 1, 3), ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo (cf. *Rom* 1, 19-20)» (DV, n. 3, cf. VD, n. 8). Cristo, en su misterio pascual, lleva a plenitud la creación.

III. El reto de una catequesis mistagógica

1. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de catequesis mistagógica?

[La] indagación vital y orgánica en el misterio de Cristo es lo que, principalmente, distingue a la catequesis de todas las demás formas de presentar la Palabra de Dios (DGC 67b).

La catequesis actúa sobre esta identidad de experiencia humana entre Jesús, Maestro, y el discípulo, y enseña a pensar como Él, obrar como Él, amar como Él. Vivir la comunión con Cristo es hacer la experiencia de la vida nueva de la gracia (DGC 116c).

Tal y como indicamos al inicio de nuestro trabajo, el uso de los términos “mistagogia” y “mistagogo”, por diversos motivos, se han puesto de moda. En concreto, aplicados a la tarea de transmitir la fe, la llamada “catequesis mistagógica” parece implicar

una novedad. No obstante, los textos que encabezan este apartado indican que, aunque no se utilice dicha expresión, el contenido sí está. Las afirmaciones son taxativas: la catequesis se distingue de las demás formas del ministerio de la Palabra por ser una «indagación vital y orgánica en el misterio de Cristo»; lo que caracteriza la catequesis iniciática es el introducir en la comunión con Cristo para que el neófito pueda «hacer la experiencia de la vida nueva de la gracia».

Este modo de contemplar las cosas tiene mucho que ver con el giro antropológico que la teología dio en los años 60, lo cual alumbró la llamada catequesis antropológica o de la experiencia. En este marco tuvo una notable influencia la llamada “nueva mistagogia” de K. Rahner²⁴, la cual postula que mediante un adecuado análisis y profundización de la experiencia humana, especialmente en los que se refiere a los problemas antropológicos (origen y destino del hombre, sentido de la libertad y del amor, del mal y de la muerte...), se puede manifestar que el misterio de Dios, revelado en Cristo, supone la respuesta a los anhelos más profundo del ser humano. Citamos la síntesis que el profesor Hernández Peludo hace del método mistagógico tal como lo concibe el teólogo alemán:

«En el método de esta nueva mistagogia, Rahner parte del análisis trascendental de las experiencias fundamentales de la vida humana (el amor, la confianza, la esperanza, el miedo, la paciencia, la oración). En todas ellas el hombre se experimenta abierto desde dentro de sí a un fin (*Ziel*) que le trasciende, a un “hacia dónde” (*Worauhin*) indefinible por el hombre pero que es condición de posibilidad de todo y cuyo nombre más apropiado es Misterio (*Geheimnis*), al que corresponde a la luz de la fe –en el segundo grado de reflexión– el nombre de Dios. El hombre lo experimenta como la “frontera” que provoca su libertad a tomar una posición ante Él y, al mismo tiempo, como su “más profundo centro” en el que se siente movido secretamente hacia Él, ese punto suscitado por el Espíritu dentro del ser mismo del hombre donde éste puede abrirse y responder al Misterio adveniente de Dios. Dios aparece, así como la causa y el fin del actuar del hombre. De manera que cuando éste se encuentra –por la fe– con la Revelación positiva de Dios en Cristo toda esta experiencia del Misterio se torna transparente»²⁵.

24 G. HERNÁNDEZ PELUDO, «'Per ritus et preces' Mistagogia y teología de los sacramentos»: *Estudio Trinitarios* 51 (2017) 324-332; T. CASTIGLIONI, «Che cos'è la mistagogia?»: *La Scuola Cattolica* 138 (2010) 599-601.

25 G. HERNÁNDEZ PELUDO, 328-329.

Los que desde hace años estamos dedicados al ministerio de la catequesis, nos resulta fácil reconocer en esta descripción lo mejor de la «catequesis antropológica o de la experiencia» que ha estado en vigor las últimas décadas²⁶. Es verdad, que desde los años 90, con la promulgación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, esta catequesis ha sido matizada y, en muchos puntos, ha sido objeto de crítica. Sin embargo, es preciso reconocer que todavía hoy ofrece la estructura habitual de muchos de nuestros materiales catequéticos y es la base pedagógica de nuestras catequesis. En mi opinión, a este tipo de catequesis es al que se refiere el papa Francisco cuando en *Evangelii gaudium* habla de «iniciación mistagógica», aunque sugiere otro tipo de mistagogia que no es tan común entre nosotros. Citamos el texto:

«Otra característica de la catequesis, que se ha desarrollado en las últimas décadas, es la de una iniciación *mistagógica*, que significa básicamente dos cosas: la necesaria progresividad de la experiencia formativa donde interviene toda la comunidad y una renovada valoración de los signos litúrgicos de la iniciación cristiana» (EG, n. 166).

En efecto, el Papa habla de dos tipos de mistagogia, una que se basa en «la progresividad de la experiencia» en contacto con la comunidad; y otra que se refiere a «una renovada valoración de los signos litúrgicos de la iniciación cristiana». Justamente, en esta última mistagogia es en la que me quiero centrar²⁷. Se trata de que nuestras catequesis tomen en cuenta *las mediaciones por las que el misterio de Cristo se hace nuestro contemporáneo*. Esto significa dos cosas:

- En primer lugar, tal y como hemos visto, subraya la centralidad del Misterio de Cristo (el llamado «cristocentrismo» de la catequesis [cf. CT 5-6; DGC 41, 80, 98]), pero desde una perspectiva que trasciende, aunque no niega, lo meramente doctrinal. Aquí se trata de *poner en contacto personal, de facili-*

²⁶ Sobre la problemática que hoy embarga la catequesis antropológica puede ser útil la lectura de nuestro trabajo: «Una Iniciación cristiana que afronte la paradoja humana del vivir»: TyC 139 (2017) 147-183. En la última parte de este artículo se ofrecen algunas claves para que en un marco misionero los creyentes y no creyentes compartan un vivir común que haga posible la comunicación mutua en cuyo seno encuentra sentido la propuesta evangélica.

²⁷ Poco más adelante el papa Francisco reconoce que aún hoy, «muchos manuales y planificaciones todavía no se han dejado interpelar por la necesidad de una renovación mistagógica, que podría tomar formas muy diversas de acuerdo con el discernimiento de cada comunidad educativa» (EG, n. 166).

tar la comunión con la persona de Cristo, hasta el punto de que el discípulo participe de la misma vida de su Maestro y Señor.

Y, en segundo lugar –y aquí es donde se lleva al extremo la novedad–, para que ese contacto sea real, es preciso *poner en el centro de la catequesis las mediaciones por las que el Misterio de Cristo se hace presente*. De este modo se busca establecer una correlación equilibrada entre la dimensión objetiva de la fe y las disposiciones subjetivas que se requieren; pero reconociendo el potencial de gracia que conllevan las mediaciones sacramentales.

En efecto, las diversas mediaciones –entre las que destacan, como hemos dicho, las celebraciones litúrgico-sacramentales– actualizan el Misterio de Cristo y transmiten su gracia. Ellas constituyen el ámbito objetivo, más allá del proceso discursivo o emocional, por el que el que se inicia tiene acceso y puede escrutar el Misterio de la fe. Pero, para que estas mediaciones sean reconocidas como tales, para que el creyente pueda por la fe penetrar en el Misterio que las habita, se requieren en él unas disposiciones espirituales que le hagan sintonizar con ese Misterio. Sin embargo, con el subrayado mistagógico se confía en el potencial de gracia que tienen esas mediaciones para crear dichas disposiciones, es decir, para atraer, hacer receptivo y suscitar en el sujeto la fe necesaria para acceder al Misterio cristiano. Esta es la perspectiva que contemplaba «la mistagogia» en el Catecumenado primitivo. Esta es la «mistagogia en sentido estricto», que, aunque está promovida desde la publicación del RICA, es preciso reconocer que se la echa de menos en nuestras catequesis.

2. La mistagogia en el Catecumenado de los Padres

Observando la era patristica, la mistagogia correspondía a la etapa final del proceso catecumenal, la cual se desarrollaba en la cincuentena de Pascua. Los Padre la concibieron como un tiempo espiritual en el que los recién bautizados, junto con el resto de la comunidad de fieles, *gustaban de los frutos del Espíritu a partir de los sacramentos recibidos* y a través de la participación de

las llamadas eucaristía de los neófitos²⁸. En este marco, la catequesis mistagógica –en muchos casos, homilía o sermones– manifestaba cómo el «hoy» de la liturgia actualizaba y hacía revivir los acontecimientos de la historia de la salvación que tienen en el misterio de Cristo su última mediación y plenitud (cf. CCE, n. 1095; DGC 108c). En palabras del *Catecismo*: esta «catequesis litúrgica pretende introducir en el Misterio de Cristo (es “mistagogia”), procediendo de lo visible a lo invisible, del signo al significado, de los “sacramentos” a los “misterios”» (CCE, n. 1075).

Después de un amplio estudio, E. Mazza sintetiza *el método mistagógico* de los Padres en cinco pasos²⁹:

- *Parte del rito*, para lo cual describe los gestos y palabras que se acaban de celebrar o, al menos, se rememora su celebración.
- Después da *el paso del rito al relato bíblico* en el que se recuerdan los acontecimientos de salvación realizados por Dios. Aquí, toma citas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.
- Puesto en el punto de mira el acontecimiento salvador, busca *comprenderlo de un modo más profundo*. En este tercer momento, y a partir de los textos bíblicos, elabora una teología del acontecimiento que trata de manifestar su significado y alcance salvador.
- El cuarto paso supone *el retorno del acontecimiento al rito*. Aquí se ofrece una verdadera y propia interpretación del rito, el cual se le inviste tanto del texto bíblico como de su significado teológico, para, de este modo, manifestar que en él se actualiza el acontecimiento salvador.
- El quinto momento tiene *un carácter sintético*: recoge lo expuesto anteriormente y elabora un lenguaje sacramental en el que *se pone en relación el rito sacramental con el evento que se celebra*, mostrando al mismo tiempo su identidad (el efecto salvador que causa) y su diferencia (el modo de su realización).

28 Cf. E. MAZZA, *La mistagogia. Le catechesi liturgiche della fine del quarto secolo e il loro metodo* (CLV- Edizioni Liturgiche, Roma 21996); HERNÁNDEZ PELUDO, 294-320; Castiglioni, 613-618.

29 Cf. MAZZA, 194-198.

Lo que está detrás del método mistagógico, y esto es fundamental, es la concepción de los sacramentos como una participación, en imitación y semejanza, de las realidades salvíficas. En realidad, existe *un enlace ontológico* entre el rito y el acontecimiento, manteniendo este último una superioridad respecto al primero³⁰. Este enlace ontológico entre las realidades sacramentales y los misterios que actualizan, es, justamente, lo que da fuerza a las catequesis mistagógicas, pero esto mismo es la causa de su debilidad³¹. En efecto, cuando se pierde la ligazón ontológica, se pierde el sentido de lo sacramental, lo cual tiene como consecuencia que la referencia de los ritos a los acontecimientos se convierta en algo puramente formal. A partir de este empobrecimiento, se podrá subrayar su carácter jurídico (pertenencia a la Iglesia, fidelidad a las rubricas, cumplimiento del precepto...), pero, difícilmente se les podrá considerar vías de acceso al Misterio de salvación que representan y actualizan.

3. Restauración del Catecumenado y recuperación de la mistagogia

En la primera mitad del siglo XX, se dio una verdadera efervescencia en los estudios bíblicos, patrísticos y litúrgicos. La vuelta a las fuentes, junto con las preocupaciones pastorales que provenían tanto del ámbito de la misión *ad gentes* como de ciertas Iglesias europeas en vías de descristianización, hizo que se redescubriera y promoviera la noción cristiana de iniciación, la cual se había perdido durante la Edad media³². Esto hizo que, después de diversas experiencias, el Concilio ordenara la restauración «del catecumenado de adultos, dividido en distintos grados» (SC, n. 64) y años después, en 1972, la Sagrada Congregación para el Culto Divino promulgara el *Ritual para la Iniciación Cristiana de Adultos*.

30 Sobre el último sentido de este método E. Mazza afirma: «El propósito de este método tipológico es de asegurar un enlace ontológico entre el rito y el evento de salvación, al tiempo de conservar la superioridad ontológica del evento frente al rito. Así que hay una identidad entre el rito y el evento, pero, dado que el evento permanece superior e irreductible al rito, también hay una diferencia» (Mazza, 197), el autor hace referencia a SAN AGUSTÍN, Ep 138,7

31 Cf. HERNÁNDEZ PELUDO, 311-313.

32 Cf. D. BOROBIO, «Catecumenado», en: Sartore - Achille - Triacca (dirs.), 298-319; P. -M. GY, «La notion chrétienne d'initiation. Jalons pour une enquête»: Maison Dieu 132 (1977) 33-54

a. El tiempo de la mistagogia. La mistagogia en el sentido estricto

Con la restauración del Catecumenado, y no sin dificultad, se introdujo «*el tiempo de la mistagogia*»³³. La mistagogia es la última etapa del proceso iniciático, que transcurre a lo largo de la cincuentena pascual, después de la recepción de los sacramentos de la Iniciación cristiana. En una primera lectura del Ritual, llama la atención el poco espacio que consagra a esta etapa, apenas 9 números (RICA 37-40; 235-239). Y aunque las indicaciones de las prenotandas son poco concretas, sin embargo, ofrecen unas orientaciones muy preciosas. Sintetizamos los elementos que, según el RICA, son esenciales en este tiempo de la mistagogia³⁴:

- La mistagogia es *un tiempo definido por la profundización en los misterios recibidos*³⁵. En efecto, al haber participado sacramentalmente del Misterio de Cristo, los neófitos, junto con la comunidad, pueden progresar «en la percepción más profunda del misterio pascual y en la manifestación cada vez más perfecta del mismo en su vida» (RICA 38). Es interesante constatar que el RICA supone una conexión muy estrecha entre el misterio del que se ha participado en los sacramentos y la nueva vida que procura en la existencia cotidiana.
- La mistagogia no reduce la recepción de los sacramentos a una mera expresión de la fe ni a pura pedagogía; considera que dicha recepción supone *una verdadera transformación por el contacto con el Misterios cristiano*: «Los neófitos, renovados en su espíritu, han gustado íntimamente la provechosa palabra de Dios, han recibido el Espíritu Santo y han experimentado cuán suave es el Señor» (RICA 38). Desde esta

33 Cf. CASTIGLIONI, 610-613.

34 De ellos se hacen eco el DGC, n. 108c, 129e, 256b; y los obispos españoles en: CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (LXX Asamblea plenaria), *La Iniciación Cristiana. Reflexiones y orientaciones* (=IC) (27-XI-1998), 29-30, 40, 42d, 47, 48-49; y Id. (CIV Asamblea plenaria), *Custodiar, alimentar y promover la memoria de Jesucristo* (=Custodiar) (21-XI-2014) 12e, 15e, 18final. Cf. R. GONZÁLEZ, «La mistagogia en el Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos»: *Phase* 191 (1992) 381-393 (nuevamente publicado en *Phase* 59 [2019] 39-48); T. FEDERICI, «La santa mistagogia permanente de la Iglesia»: *Phase* 193 (1993) 10-15.

35 La finalidad de esta etapa es descrita por los obispos españoles del siguiente modo: «Es un tiempo (el de la mistagogia) de profundización en los misterios recibidos para *saborear* la gracia de Dios, la nueva vida de ser cristiano, *experimentar* lo que significa ser hijo de Dios por el bautismo, *participar* en la mesa del Señor con los hermanos y *sentir* el aliento del Espíritu Santo para ser testigos en medio del mundo. Es pues, un tiempo orientado a *incorporar* al que ha sido iniciado a la vida de la Iglesia de la que ya forma parte de manera completa» (*Custodiar*, 18 final; la cursiva es nuestra).

perspectiva la mistagogia no puede reducirse a solo gustar, saborear, penetrar espiritualmente los misterios recibidos en la celebración de los sacramentos. Esto, sin duda, es fundamental; sin embargo, en virtud del cambio ontológico que la recepción de los sacramentos ha procurado en los neófitos, *la mistagogia se empeña en manifestar, orientar, alentar y sostenerles en una vida acorde con el Misterio de Cristo* en el cual se han injertado³⁶.

- La catequesis mistagógica, sin duda, exige *un marco*. *Todo ocurre en el ámbito de la comunidad cristiana*, ya que ella misma es fruto y expresión del Misterio de Cristo. La comunidad no solo es receptora de los nuevos hijos que la Iniciación cristiana le ha procurado; también es, en propiedad, destinataria de la catequesis mistagógica, pues necesita acoger y reconocer permanentemente el Misterio del que vive. *Se desarrolla en la celebración de las «Misas para los neófitos»* durante los domingos de Pascua (cf. RICA 40). Esta recepción continuada del sacramento donde se actualiza el Misterio pascual permite a los neófitos y al resto de los cristianos profundizar, a un tiempo, en la «experiencia personal y nueva de los sacramentos y de la comunidad» (Ibid.).
- En este punto, resulta fundamental comprender *el método* que sigue la catequesis mistagógica para facilitar la penetración en el Misterio y como pone *en conexión la meditación del Evangelio, la participación en la eucaristía y el ejercicio de la caridad* (cf. RICA 37). Para dilucidar este extremo acudimos a Benedicto XVI, el cual, en su exhortación *Sacramentum caritatis*, al hablar de itinerario mistagógico, indica el modo concreto de conectar estos tres elementos. Sin duda aquí resuena el método mistagógico de los Padres:

36 En este sentido son especialmente iluminadoras las palabras de los obispos españoles cuando hablan de la mistagogia en tiempo de los Padres: «En aquel momento los Padres ofrecieron una propuesta especial, que no era simplemente una enseñanza de doctrinas como la mayor parte de las filosofías de la época, ni la llamada a valores morales, que la leyes protegían, sino la propuesta a participar en el misterio de Cristo muerto y resucitado, *fuerza de transformación interior del hombre*, de una novedad de vida, de una clara identidad cristiana. *Esto conducía a un nuevo modo de vivir*, de emplear bien el tiempo, de cuidar la honestidad en el trabajo, de pensar en las relaciones familiares, de concebir la muerte, de entablar relaciones sociales basadas en la justicia, el amor y la misericordia, etc. Como podemos observar, existe un gran parecido con la época contemporánea que nos toca vivir» (*Custodiar*, 12e, la cursiva es nuestra).

- ▶ Ante todo, se ha de tener presente «*la interpretación de los ritos a la luz de los acontecimientos salvíficos, según la tradición viva de la Iglesia*» (SC, n. 64a). En Cristo toda la historia de la salvación se concentra y halla su plenitud. El Leccionario lleva a rememorar la historia de la salvación y la eucaristía se presenta como el espacio sacramental en el que esa historia, en virtud de la celebración del misterio pascual, se actualiza.
- ▶ «Además, *la catequesis mistagógica ha de introducir en el significado de los signos contenidos en los ritos*» (SC, n. 64b). Los signos y gestos son unidades significativas que articulan los ritos. Hijos de una cultura funcional y tecnológica, parece que no somos sensibles a esas pequeñas unidades (una posición corporal, un color, un movimiento...) y, sin embargo, en ellas toma cuerpo la historia que se actualiza en la celebración eucarística. La mistagogia debe introducir en su significado.
- ▶ «Finalmente, *la catequesis mistagógica ha de enseñar el significado de los ritos en relación con la vida cristiana en todas sus facetas, como el trabajo, y los compromisos, el pensamiento y el afecto, la actividad y el descanso*» (SC, n. 64c). En efecto, la vida de quien ha nacido del agua y del Espíritu, quien ha sido ungido con el Espíritu y participa del misterio pascual en el banquete eucarístico está atravesada por el Misterio. Una permanente catequesis mistagogia debe ayudar a los miembros de la comunidad a «tomar conciencia de que la vida es transformada progresivamente por los santos misterios que se celebran» (Ibid.) y que la caridad es su mejor expresión.

b. La pedagogía mistagógica del Catecumenado bautismal

Hasta el momento nos hemos referido al «tiempo de la mistagogia» en sentido estricto, y hemos sacado a la luz el método que ha de articular una catequesis que conduce al misterio recibido en los sacramentos. Sin embargo, ahora es preciso indicar que *todo el itinerario catecumenal conlleva una pedagogía mistagógica*. En efecto, resulta evidente que si la Iniciación cristiana es inicia-

ción en el Misterio de Cristo, lo que es fin del proceso iniciático no puede estar ausente del proceso mismo. Su presencia germinal manifiesta la precedencia de la gracia y constituye el soporte necesario por el cual el que se inicia pueda llegar a la meta. Aquí radica *la importancia que tiene el Rito de entrada en el catecumenado*, y la implicación que tiene la entrada en la Iglesia y la signación del candidato³⁷. En definitiva, esa presencia del Misterio cristiano se va densificando a través de los múltiples ritos y celebraciones de la Palabra que articulan el proceso catecumenal.

Así es, con el RICA en la mano, no es preciso justificar que la base y el fundamento del proceso iniciático lo constituye un itinerario litúrgico-sacramental. Sin embargo, no conviene olvidar que, en la Iniciación cristiana, este itinerario litúrgico está articulado con un itinerario catequético y ambos están al servicio del proceso espiritual de conversión de los catecúmenos (cf. Custodia, 8). De este modo, la catequesis, ciertamente, prepara para una «participación consciente, activa y fructuosa» (SC, n. 11) en las celebraciones de los ritos de paso, de los exorcismos, de las bendiciones, de las entregas... Pero a su vez, estas celebraciones, con sus ritos y palabras, ofrecen la gracia necesaria para penetrar en el misterio cristiano que la enseñanza de la catequesis quiere desvelar. La misma catequesis se apoyará en la liturgia celebrada para avanzar en la penetración del misterio cristiano que expone (cf. SC, n. 59).

Desde estas consideraciones, se puede decir que *todo el catecumenado está atravesado por una pedagogía mistagógica*. Sin emplear la expresión, es lo que, de algún modo, sugieren los obispos franceses:

«Según una regla bien establecida por el *Ritual de la Iniciación Cristiana de los Adultos*, una pedagogía de iniciación debe prever itinerarios que se apoyen y hagan vivir de la gracia de los sacramentos que están preparando. *Lo esencial de la preparación se apoyará sobre el don al que cada palabra, actitud, texto o acción quiere conducir*. Así, la celebración misma llegará a ser una experiencia estructurante para las personas»³⁸.

37 Cf. E. SANTAYANA LORENZO, «Pedagogía de Dios en el catecumenado. Signación y bautismo», en: M. DEL CAMPO GUILARTE (ed.), *Pedagogía de la fe al servicio del itinerario de la iniciación cristiana* (Publicaciones san Dámaso, Madrid 2009) 165-214, especialmente 186-212. También, Federici, 13-14.

38 CONFERENCIA EPISCOPAL DE FRANCIA, *Texto nacional para la orientación de la catequesis en Francia y Principios de Organización* (CCS, Madrid 2008) 54-55.

La pedagogía mistagógica que aquí se reclama, sin duda, tiene como referencia el método mistagógico que antes hemos descrito. En cada celebración, y en la catequesis que las precede o sigue, el centro de interés estará puesto en el Misterio de Cristo, que poco a poco se va haciendo presente en el itinerario catecumenal, a través de los ritos y las oraciones.

c. El carácter mistagógico de una catequesis de inspiración catecumenal

Por el momento, en nuestras parroquias y comunidades, sigue siendo mayoritaria la catequesis de inspiración catecumenal. Sus destinatarios son muy variados:

- Adultos ya bautizados que desean concluir su Iniciación cristiana tanto desde el punto de vista catequético como sacramental.
- Adultos que habiendo recibido los tres sacramentos de la Iniciación no recibieron una catequesis conveniente o se han alejado de la Iglesia durante un tiempo prolongado.
- Niños y bautizados en la infancia que completan la iniciación sacramental durante el proceso continuo de catequesis.
- Adolescentes que interrumpieron el proceso catequético después de la primera comunión y solicitan completar la Iniciación cristiana.

A todos estos casos, con las necesarias adaptaciones, se podría aplicar las sugerencias pastorales que el RICA indica en su capítulo IV: «Preparación para la confirmación y la eucaristía de los adultos bautizados en la primera infancia y que no han recibido catequesis». En nuestra reflexión tiene un especial interés la anotación del nº 295b, referida a todos aquellos que ya han recibido el bautismo:

Aunque tales adultos [y casos similares] nunca hayan oído hablar del misterio de Cristo, sin embargo, *su condición difiere de la condición de los catecúmenos*, puesto que aquellos han sido introducidos en la Iglesia y hechos hijos de Dios por el Bautismo. Por tanto, *su conversión se funda en el bautismo ya recibido, cuya virtud debe desarrollar después* (cursiva nuestra).

Si la catequesis de inspiración catecumenal debe tener en cuenta la condición de bautizados de sus destinatarios (cf. DGC 90), en nuestra opinión eso supone que dicha catequesis debe incidir sobre la participación que, en virtud de los sacramentos recibidos, estos tienen en el Misterio de Cristo. Esto confiere, como indican los obispos españoles, un *carácter mistagógico a toda la catequesis de inspiración catecumenal*.

«En este sentido la Iniciación cristiana de los que son bautizado nada más nacer [y casos similares], está definida también por la *mistagogia*. De ahí la importancia de la celebración del domingo para todos los fieles cristianos, como día en el que se hace memoria del bautismo y se nutre la fe con la Palabra de Dios y con la participación eucarística (IC, n. 30; cf. 42d)»³⁹.

Esta indicación de nuestros obispos es tan iluminadora como poco tenida en cuenta en nuestras catequesis, al menos de un modo explícito. Pocas catequesis de inspiración catecumenal tienen el carácter mistagógico que reclaman los obispos. Un carácter mistagógico que en la serie: historia de la salvación-ritos litúrgicos-vida de caridad, el acento esté puesto en la vida de caridad del que ya ha recibido, al menos, el bautismo. En efecto, por la gracia bautismal y la reiterada participación en las celebraciones litúrgicas y sacramentales, los discípulos de Jesús ya participan de los misterios de sus Maestro y Señor. La constitución *Lumen gentium* lo afirma de un modo explícito:

«En este cuerpo [el de la Iglesia] la vida de Cristo se comunica a los creyentes, que se unen a Cristo, muerto y glorificado, por medio de los sacramentos de una manera misteriosa pero real [...] Todos los miembros tiene que transformarse en Él hasta que Cristo se forme en ello (cf. Gál 4, 19). Por eso somos integrados en los misterios de su vida: con Él estamos identificados, muertos y resucitados hasta que reinemos con Él (cf. Flp 3, 21; 2 Tm 2, 11; Ef 2, 6; Col 2, 12, etc.)» (LG, n. 7b. e, la cursiva es nuestra).

El carácter mistagógico de la catequesis de inspiración catecumenal radica en poner de manifiesto cómo los discípulos de Cristo, injertos sacramentalmente en Él, ya viven de los miste-

39 Referido al lenguaje a emplear resulta muy conveniente la siguiente apreciación: «Se è vero che anche il tempo della mistagogia comprende un momento catechetico [...] esiste una diversità tra il linguaggio della catechesi presacramentale e quello della catechesi postsacramentale. Sono necessari linguaggi diversi perché gli interlocutori sono diversi: un conto è parlare a non cristiani e altro è parlare a cristiani. Se questa differenza non è percepibile sorge il sospetto che di fatto si svaluti il dono di grazia offerto dai sacramenti» (CASTIGLIONI, 619).

rios de su Maestro y Señor en su vida ordinaria y en contacto con la propia comunidad cristiana⁴⁰.

IV. Una comunidad toda ella mistagógica.

Algunos elementos

Nuestro trabajo apunta al «catequista mistagogo», sin embargo, es inconcebible un tal catequista si no se le sitúa al interior de una «comunidad toda ella mistagógica». La razón es doble:

- Primero, la comunidad cristiana no puede pedir a los catequistas lo que ella no ofrece. Para que un catequista pueda ser mistagogo, es preciso que su comunidad cristiana se considere y ejerza como tal. Ella ha de reconocerse *transparencia del Misterio que la habita*, especialmente en las celebraciones litúrgico-sacramentales, y camino de acceso al mismo.
 - ▶ Y en segundo lugar, *la catequesis mistagógica reclama muchos agentes*, no solo el catequista. En efecto, está la comunidad celebrante, el presbítero que preside dichas celebraciones, el equipo de liturgia, el padrino o madrina, los testigos de la comunidad, y, ciertamente, los propios catequistas. No podemos pensar en unos super-catequistas que, por ideales, son inexistentes⁴¹. Las comunidades no pueden delegar en los catequistas la competencia mistagógica en exclusiva. Sería algo injusto, además de imposible.

Nuestra intención es ofrecer a continuación una serie de pinceladas que hagan de *la comunidad cristiana un espacio mistagógico*,

40 «Cuando creemos en Jesucristo, participamos en sus misterios y guardamos sus mandamientos, el Salvador mismo ama en nosotros a su Padre y a sus hermanos, nuestro Padre y nuestros hermanos. Su persona viene a ser, por obra del Espíritu, la norma viva e interior de nuestro obrar» (CCE, n. 2074). Sin duda, estas palabras del Catecismo señalan el horizonte al que siempre debe tender una catequesis con carácter mistagógico: manifestar a los bautizados que ya, en virtud del Espíritu Santo recibido, Cristo habita y ama en ellos.

41 En referencia a la gran cantidad de competencias que los catequistas asignan al catequista afirma J. Molinaro: «Esto hace que los teóricos y las comunidades cristianas deleguen multitud de tareas a los catequistas, a quienes suponen tantas habilidades que sólo un ‘superhombre’ o ‘supermujer’ podría lograr. El riesgo es que el catequista se convierta en un ser ideal, un personaje que nunca se encontrará puesto que su designación se ve acompañada de una perfección inalcanzable» (J. Molinaro, «Problemática del Coloquio: “los catequistas en la misión de la Iglesia”»: Síntesis 171 [2016] 17).

en el que se pueda insertar la acción del catequista con acento mistagógico.

1. El sensus fidei condición de posibilidad de la experiencia mistagógica

a. ¿Qué es el sensus fidei?

«El *sensus fidei fidelis* es una especie de instinto espiritual que permite al creyente juzgar espontáneamente si una enseñanza particular o una práctica está o no en conformidad con el Evangelio y con la fe apostólica [...] Surge, en primer lugar, de la connaturalidad que la virtud de la fe establece entre el sujeto creyente y el auténtico objeto de fe, es decir, la verdad de Dios revelada en Jesucristo»⁴².

Todos los miembros del Pueblo de Dios, en virtud de Bautismo, por el agua y el Espíritu, participan del Misterio cristiano: han sido liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, han sido injertados en Cristo, por la incorporación en su Cuerpo eclesial, y, bajo la gracia del Espíritu Santo, hechos partícipes de su misión evangelizadora (cf. CCE, n. 1213, 1265). El bautismo crea una verdadera *connaturalidad entre el creyente y el Misterio divino* desentrañado en Jesucristo.

De esta connaturalidad brota el *sensus fidei*, el cual es una especie de instinto espiritual y espontáneo vinculado a la virtud de la fe que, en cierto modo, permite a los creyentes apreciar y reconocer la presencia del Misterio divino al que han sido incorporados. El *sensus fidei* no se refiere a un conocimiento reflexivo de los misterios de la fe logrado por el ejercicio racional y a través de una sinuosa argumentación. Como su nombre indica: *sensus*, supone una sensibilidad inmediata, parecida al instinto vital o a un tipo de aptitud natural, aneja a la virtud teologal de la fe, por la que el creyente reconoce y se aferra al Misterio cristiano⁴³. Como afirma la Comisión Teológica Internacional: «existe una

42 COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *El "sensus fidei" en la vida de la Iglesia* (BAC, Madrid 2014) nn. 49-50. Desde otra perspectiva, el tema lo hemos tratado con amplitud en nuestro libro *Evangelizadores al servicio del Espíritu* (PPC, Madrid 2018) 87-94.

43 Cf. *Ibid.*, n. 54. Aunque se habla de «aptitud natural», en realidad es de origen sobrenatural, ya que es la gracia del bautismo la que lo procura: Se habla de «un tipo de aptitud natural», en razón de la connaturalidad que el bautismo ha creado entre el creyente y el Misterio cristiano.

interacción vital en cada creyente entre el *sensus fidei* y la vivencia de la fe en los diversos contextos de su vida personal [...] El *sensus fidei* ilumina y guía la forma en que creyente pone su fe en práctica»⁴⁴

Por tanto, en virtud de este *sensus fidei*, toda la comunidad cristiana posee una capacidad mistagógica, la cual la ejerce en una doble dirección. Ante todo, el conjunto de los bautizados está capacitado para acceder al Misterio de Cristo a través de las mediaciones que lo hacen presente (ritos litúrgicos, testigos, expresiones de la caridad...). La fe los permite pasar de lo visible a lo invisible, del signo al significado, de los sacramentos a los misterios. Pero, además, de un modo proactivo, la propia comunidad encuentra los medios para desentrañar y expresar de un modo actual el Misterio cristiano del cual vive. La asamblea litúrgica es capaz de una participación plena, consciente y activa en la celebración de dicho Misterio; otra cosa es que, tal y como desea el Concilio, se promueva dicha participación y sus miembros se ejerciten en ella (cf. SC, n. 14).

b. El sensus fidei, fundamento de una participación consciente, activa y fructífera en las celebraciones litúrgicas

El Concilio tuvo una preocupación especial por promover en el Pueblo de Dios una participación consciente, activa y fructuosa en la liturgia de la Iglesia⁴⁵. Dicha participación activa apunta, ciertamente, hacia una doble dirección. Por un lado, se refiere al aspecto externo y visible de las celebraciones litúrgicas. Pero por otro, dicha participación, calificada también con el término «consciente», apunta al aspecto interior de la acción litúrgica, a la presencia del Misterio que en ella se actualiza. Hasta nuestros días, tanto la pastoral litúrgica como la misma dinámica catequético-

44 Ibid., n. 59.

45 El papa BENEDICTO indica la dificultad de comprensión que en el postconcilio ha tenido esta expresión. Reproducimos sus palabras: «No hemos o hemos de ocultar el hecho de que, a veces, ha surgido alguna incomprensión precisamente sobre el sentido de esta participación. Por tanto, conviene dejar claro que con esta palabra no se quiere hacer referencia a una simple actividad externa durante la celebración. En realidad, la participación activa deseada por el Concilio se ha de comprender en términos más sustanciales, partiendo de una mayor toma de conciencia del misterio que se celebra y de su relación con la vida cotidiana» (*Sacramentum caritatis*, 52). Para las referencias de la constitución Sacrosanctum Concilium sobre la actuosa participatio, cf. J. Urdeix, «¿Es posible hablar de un ars participandi referido a la liturgia?»: *Phase* 299 (2012) 376.

iniciática, desde posiciones no siempre concurrentes, se han empleado en favorece más una participación externa que interna⁴⁶.

- *La pastoral litúrgica* se ha centrado habitualmente en el conocimiento y observación de las rubricas que estructuran y dan cuerpo a las celebraciones litúrgicas. Desde esta perspectiva, ciertamente, irrenunciable, el primer plano lo ha ocupado el cumplimiento de las normas, la acción de los ministros y, en lo que respecta a la asamblea, al conocimiento de la dinámica celebrativa.
- Por su parte, a *la acción catequético-iniciática* le guía otro interés. Preocupada por la transmisión de la fe, se ha aproximado a la liturgia desde fuera, bien haciendo del dinamismo litúrgico una reducción pedagógica puesta al servicio de otros intereses, bien haciendo de las celebraciones el receptáculo de unas experiencias humanas desentrañadas en la misma catequesis y que, de algún modo, servían de justificación y daban sentido a la acción celebrativa.

En ambos casos, se olvida que lo más importante que sucede en la liturgia no es la actividad humana ni aquello que se queda en los sentidos, sino el Misterio que, a través de la acción litúrgica, en virtud del Espíritu Santo, se hace presente. A este respecto son significativas las palabras de san Juan Pablo II a los XXV aniversario de la constitución *Sacrosanctum Concilium*:

«Puesto que la Liturgia es el ejercicio del sacerdocio de Cristo, es necesario mantener constantemente viva la afirmación del discípulo ante la presencia misteriosa de Cristo: ‘Es el Señor’ (Jn 21, 7). *Nada de lo que hacemos en la Liturgia puede aparecer como más importante de lo que invisible, pero realmente, Cristo hace por obra de su Espíritu.* La fe vivificada por la caridad, la adoración, la alabanza al Padre y el silencio de la contemplación, serán siempre los primeros objetivos a alcanzar para una pastoral litúrgica y sacramental»⁴⁷.

Así pues, y según nuestra opinión, en lo que respecta a la acción catequético-iniciática, *el acento se ha de poner más en la diná-*

46 Para comprender la diferente lógica que guía a la catequesis y a la liturgia, cf. P. PRÉTOT, «Liturgie et catéchèse, la ‘refondation’ dans l’expérience» : LIX-3 (2004) 287-301. Para un recorrido histórico respecto a la relación entre la liturgia y la catequesis cf. J. MOLINARIO, «Catéchèse et liturgie ou liturgie et catéchèse. Quelques points d’ancrage dans l’histoire»: *Lumen vitae* LIX (2004) 247-256.

47 SAN JUAN PABLO II, carta apostólica *Vicesimus Quintus Annus* (4-XII-1988) 10 (la cursiva es nuestra).

mica mistagógica que en la actuación pedagógica. Unas palabras de Aldazabal explican bien lo que queremos decir: «La pedagogía piensa primeramente en las personas presente y en cómo ayudarles a entrar en la celebración. La mistagogia piensa en lo que sucede en profundidad: en el encuentro entre estos creyentes y la gracia salvadora de su Señor»⁴⁸. Desde esta perspectiva, adquiere todo su valor lo que venimos diciendo sobre el *sensus fidei*. Entendamos bien lo que queremos decir.

Bien sabemos que los sacramentos, y de un modo análogo toda acción litúrgica, son eficaces *ex opere operato*, es decir, como efecto de la misma acción sacramental, «en virtud de la obra salvífica de Cristo, realizada de una vez por todas» (CCE, n. 1128). Sin embargo, para que den fruto es preciso que encuentren en aquellos que participan y reciben la disposición necesaria para su aprovechamiento. «Los frutos de los sacramentos dependen también de las disposiciones del que los recibe» (Ibid.). Esta disposición es justamente la fe. Por la fe «vivificada por la caridad», los discípulos de Jesús pueden participar consciente, activa y fructíferamente en las celebraciones de la Iglesia. Por ella pueden a un tiempo sintonizar con el Misterio de salvación, comprender el alcance que tiene dicho Misterio y acoger la gracia que procura para sus vidas. Así pues, es, justamente, en virtud del *sensus fidei* que las celebraciones mismas se pueden convertir en un espacio mistagógico, es decir, un espacio en el que la asamblea litúrgica, al tiempo que celebra, saca provecho para su vida cristiana y su actividad apostólica.

Aquí estamos poniendo en el primer plano la doctrina conciliar sobre la relación entre la fe y los sacramentos. En efecto, en referencia a los sacramentos –que nosotros hacemos extensivo de un modo analógico a la vida litúrgica, en general– afirma:

«Los sacramentos están ordenados a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios; pero, en cuanto signos, también tienen un fin pedagógico. No sólo suponen la fe, sino que, a la vez, la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y de cosas; por esto se llaman sacramentos de la ‘fe’. Confieren ciertamente la gracia, pero también su celebración prepara perfectamente a los fieles para recibir fructuosamente la misma gracia, rendir el culto a Dios y practicar la caridad» (SC, n. 59).

48 J. ALDAZABAL, «Profundizar»: *Phase* 193 (1993) 6 (la cursiva es nuestra).

Según esto, la catequesis no solo tiene como objetivo crear en los creyentes las disposiciones de fe para que puedan participar consciente y vivamente en las celebraciones litúrgico-sacramentales (*de la fe a la celebración*). También, a través de una verdadera mistagogia, debe tratar de alimentar y robustecer el *sentido de la fe* de la asamblea litúrgica al desentrañar, en las palabras y signos que articulan las acciones litúrgicas, la presencia del misterio pascual de Cristo y su acción santificante respecto a la vida (cf. SC, n. 61) (*de la celebración a la vida de fe*).

La mistagogia solo puede desarrollarse a partir de las celebraciones litúrgicas, pero necesita incidir en el sensus fidei para que los creyentes puedan pasar de lo visible a lo invisible y establecer la necesaria conexión entre la historia de la salvación consumada en la Pascua de Cristo, los signos y palabras que componen los ritos y su vida de fe; y, de este modo, puedan sacar provecho. Aquí, resulta evidente que cuando hablamos de la Asamblea litúrgica, en ella integramos a todos los que intervienen en el Ministerio de la catequesis: presbíteros, padres, padrinos y, por supuesto, los propios catequistas. La participación frecuente en las celebraciones litúrgicas, especialmente en las sacramentales, es condición sine qua non para que los catequistas se capaciten para realizar una catequesis mistagógica. Pues es en el contacto con el Misterio y por la recepción de la gracia en el seno de la Asamblea litúrgica, donde la fe se fortalece y el sentido del Misterio cristiano se ilumina para reconocerlo en la propia vida y para anunciarlo en el oficio catequético.

2. Unas celebraciones que transparenten el Misterio cristiano

Si bien hemos dado la prioridad al «qué» se celebra, a «la realidad invisible» que se hace presente, al «Misterio pascual» que se actualiza en la acción litúrgico-sacramental de la Iglesia; no podemos olvidar, sin embargo, que todo se realiza a través de la «acción litúrgica» y en virtud del universo sacramental que compone la Liturgia de la Iglesia⁴⁹. Así, si bien el objetivo de cualquier celebración litúrgica es llegar a ser una verdadera transparencia

49 Priorizar la presencia del Misterio cristiano en las celebraciones litúrgicas, «significa atender ante todo al “qué” es lo que celebramos, y luego cuidar el “cómo” lo hacemos, para que el “cómo” no nos distraiga, sino que nos conduzca mejor al “qué”» (ALDAZABAL, 7).

del Misterio cristiano, es preciso por lo mismo concertar una serie de elementos que tanto más serán significativos cuanto mejor sean respetados en su propia naturaleza.

En la tradición litúrgica, esto se denomina *ars celebrandi*. El arte de la celebración pasa necesariamente por respetar las normas litúrgicas. Estas, más allá de la mera observancia, son el soporte sobre el cual la asamblea celebrativa se introduce en la Liturgia celeste que la Iglesia, junto con su Señor resucitado, realiza ante Dios (CCE, n. 1137-1139). En este sentido, el *ars celebrandi* está en relación directa con el *ars paticipandi*. Su finalidad es conseguir que los fieles abandonen el cómodo e ineficaz «oír» o «asistir» a Misa, que salga de su propia dinámica piadosa, y lleguen a sentirse partícipes de los Misterios que la Iglesia celebra⁵⁰.

¿Cuáles son esos elementos que es preciso concertar? El *Catecismo de la Iglesia Católica*, hace reseña de ellos y, con un espíritu verdaderamente mistagógico, indica cómo cada uno de ellos conduce al corazón del Misterio de la fe. Por nuestra parte, simplemente los enumeramos y ponemos de manifiesto qué lejos están nuestras comunidades litúrgicas de conocer los fundamentos que harían posible su participación consciente, activa y fructuosa. Esto reclama, sin duda, para el conjunto de la comunidad una catequesis mistagógica en sentido estricto⁵¹.

- En primer lugar, es fundamental saber *quién es el sujeto que celebra*. El verdadero celebrante es el Cristo total: Cristo Cabeza con su Cuerpo eclesial (cf. CCE, n. 1135-1137. 1187). ¿Nuestras comunidades y, en concreto, nuestros catequistas, saben que, en cada celebración, en virtud de su sacerdocio bautismal, son verdaderos «liturgos»? (cf. CCE, n. 1144).

50 Benedicto XVI establece la conexión entre el *ars celebrandi* y la *actuosa participatio*: «El primer modo con el que se favorece la participación del Pueblo de Dios en el Rito sagrado es la adecuada celebración del Rito mismo. El *ars celebrandi* es la mejor premisa para la *actuosa participatio*. El *ars celebrandi* proviene de la obediencia fiel a las normas litúrgicas en su plenitud, pues es precisamente este modo de celebrar lo que asegura desde hace dos mil años la vida de fe de todos los creyentes, los cuales están llamados a vivir la celebración como Pueblo de Dios, sacerdocio real, nación santa (cf. 1 Pe 2,4-5.9)» (*Sacramentum caritatis*, 38). Respecto a la *actuosa participatio* y su correspondiente *ars paticipandi*, cf. el artículo citado de URDEIX, «¿Es posible hablar de un *ars paticipandi* referido a la liturgia?»: *Phase* 299 (2012) 367-396.

51 Remitimos a la II parte del *Catecismo de la Iglesia Católica*, Sección I, Capítulo 2, n. 1135-1199.

- También es necesario conocer *cómo celebrar* (cf. CCE, n. 1145-1162). Las celebraciones litúrgicas están tejidas de signos y símbolos, de palabras y acciones, de cantos y música; todo al servicio de la re-presentación del Misterio que se celebra, pues a través de esos elementos se realiza el memorial de la historia de salvación que se ha consumado en la Pascua de Cristo. ¿Nuestras comunidades poseen la convicción de que a través de todos los elementos litúrgicos, y por obra del Espíritu Santo, se actualiza realmente la acción salvífica y santificadora de Cristo? (CCE, n. 1189).
- Otro elemento que compone el universo litúrgico es el tiempo: *cuándo celebrar* (cf. CCE, n. 1163). Jesucristo, Alfa y Omega, es el Señor del tiempo. La Iglesia desarrolla todo el Misterio de Cristo a través de círculo de año, que tiene en el triduo pascual su centro; a través de la sucesión de las semanas que tienen su fuente y culmen en la eucaristía del Día del Señor; y en el trascurso del día es articulado por la celebración de las Horas. Todo el tiempo está santificado por Quién habiendo entrado en el tiempo lo lleva a la eternidad. ¿Los miembros de nuestras comunidades son consciente de que en las celebraciones litúrgicas se halla de un modo expreso la fuente y la cumbre de su vivir diario o más bien su vida cristiana transcurre por caminos paralelos?
- Por último, está la referencia al espacio celebrativo: *dónde celebrar* (cf. CCE, n. 1179-1186). Ciertamente, el culto cristiano siempre es «en espíritu y verdad» (Jn 4, 24), y Cristo es el verdadero templo en el que, por el Espíritu, dar culto al Padre. Sin embargo, en su condición peregrina la comunidad cristiana necesita lugares donde reunirse celebrar. Estos edificios, destinados al culto divino, «significan y manifiestan a la Iglesia» (CCE, n. 1180), en ellos se sirve la presencia de Cristo y su acción salvífica (la pila bautismal, el altar, la presencia del sagrario, la sede penitencial...). ¿Nuestras comunidades habitan los templos o simplemente asisten a ellos? ¿Nuestros catequistas podrían hacer una catequesis sobre la Iglesia a partir del edificio Iglesia?

La simple enumeración de los elementos que articulan la acción litúrgica de la Iglesia, manifiesta lo lejos que están nuestras

comunidades eclesiales de ser verdaderos espacios mistagógicos⁵² y que pocos catequistas están preparados para hacer una verdadera catequesis mistagógica.

3. El perfil de unos catequistas mistagogos

Terminamos nuestro estudio con *un decálogo del catequista mistagogo*, en el que recogemos los elementos más significativos de nuestro trabajo, pero ahora expuestos como perfil de un catequista capaz de acompañar a los que se inician hacia el Misterio cristiano que se celebra en la acción litúrgica de la Iglesia. Recordemos que cuando hablamos de catequista mistagogo, no nos referimos a una persona individual, sino más bien a *una personalidad corporativa* (presbíteros, catequistas, padrinos, padres...) que, personal y comunitariamente, se halla comprometida y es capaz de introducir en el Misterio cristiano.

1. El catequista mistagogo ha de ser *un cristiano apasionado por Cristo*, deseoso de mantener una relación personal con Él y de participar de sus misterios, de tal modo que todo lo que Cristo vivió pueda él vivirlo en Cristo y Cristo lo viva en él (cf. CCE, n. 521).
2. El catequista mistagogo, junto con su comunidad inmediata, *reconoce la liturgia de la Iglesia como el hogar de su experiencia de fe*. Las celebraciones litúrgico-sacramentales las vive como la fuente de donde mana su vida cristiana y la cumbre en donde se consume (cf. SC, n. 10).
3. El catequista mistagogo *pone en el centro de su experiencia litúrgica el Misterio de Cristo*; Misterio que sabe que se actualiza en virtud de la acción del Espíritu Santo y bajo la mediación de los ritos y palabras que articulan las acciones litúrgicas de la Iglesia.

52 A este respecto resulta interesante las palabras del liturgista francés P. de Clerck: «La mystagogie, c'est l'entrée dans le mystère. Et le temps nécessaire à cette opération. Celle-ci se réalisera d'autant plus profondément que les rites seront accomplis avec l'intensité qui convient; car il existe aussi une manière mystagogique de présider, de jouer d'un instrument, de chanter, de proclamer la Parole. La mystagogie, c'est ce qui fait que la liturgie nous saisisse. C'est un esprit» (P. DE CLERCK, «La mystagogie, entrée progressive dans le mystère»: *Lumen Vitae* LIX-3 (2004) 274.

4. El catequista mistagogo *posee una familiaridad con la Sagrada Escritura*, testimonio de la historia de salvación que Dios ha llevado con su pueblo y ha alcanzado su plenitud en el misterio pascual de Cristo, y *sabe ponerla en conexión con los ritos y oraciones* que articulan las acciones litúrgicas, especialmente la eucaristía.
5. El catequista mistagogo se encuentra *comprometido con una vida de santidad*, de modo que el testimonio de su existencia cristiana exprese y manifieste, especialmente a los que acompaña, el poder transformador que tiene la participación litúrgica en los misterios de Cristo (cf. SC, n. 2).
6. El catequista mistagogo *es conocedor de la dinámica catequético-litúrgica y espiritual propia del RICA*, marco de referencia de todo proceso iniciático (cf. Cap. IV), de modo que sabe integrar la iniciación en el conjunto de la vida cristiana, propia de la catequesis, con la gracia que ofrecen las celebraciones litúrgicas y el proceso espiritual de conversión y de fe que siguen los discípulos de Cristo en su proceso iniciático (cf. Custodiar 8).
7. El catequista mistagogo, convencido de su potencial de gracia, *busca poner en contacto con el acontecimiento litúrgico*, antes que hacer una presentación intelectual o extraer consecuencia morales del mismo⁵³. Su intención primera es que lo que se inician consideren las celebraciones de la Iglesia como el lugar privilegiado para entrar en contacto con el Misterio de Cristo.
8. El catequista mistagogo *sabe poner en conexión las experiencias humanas* de los que se inician, sus inquietudes y anhelos, sus miedos y fracasos, sus gozos y alegrías..., *con la Palabra que se proclama y con los ritos y oraciones que articulan la Liturgia de la Iglesia*, para de este modo introducirlos en la experiencia del Misterio cristiano y dar forma a su fe.
9. El catequista mistagogo, en su grupo catecumenal y en el seno de la comunidad cristiana, *es capaz de desplegar una pe-*

53 R. GUARDINI, «La prédication mystagogique»: *La Maison Dieu* 158 (1984) 141.

dagogía iniciática que educa en las actitudes necesarias para una participación en la vida litúrgica de la Iglesia: el silencio, la acción de gracias, la alabanza, la adoración, la súplica, la intercesión...

10. El catequista mistagogo *manifiesta a los iniciados cómo los misterios de Cristo*, en los que ya participan por la recepción de los sacramentos de la Iniciación cristiana, *configuran su vida* y les facultan para llevar una vida de santidad y proyección apostólica.